

Redes académicas transnacionales: Argentina a principios del siglo XX

Por *Pablo* BUCHBINDER*

Introducción

EN ESTE TRABAJO nos proponemos estudiar la organización e implementación de mecanismos de intercambio académico en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires (UBA) durante las tres primeras décadas del siglo XX. A partir de aquí haremos una primera lectura de los procesos de internacionalización de esta casa de altos estudios en el periodo mencionado. El tema de los intercambios académicos a nivel internacional, de los vínculos científicos y la construcción de redes universitarias durante estos años cuenta, desde hace tiempo, con trabajos y referencias relevantes.¹ Muchos de estos textos han explorado la confrontación de prácticas universitarias y los diversos modos de comprender el trabajo académico y científico en diferentes Estados, producto a la vez de distintas trayectorias históricas nacionales. Más allá de estas circunstancias, nuestro objetivo consiste en analizar el intercambio académico en el contexto de la compleja historia de la Universidad de Buenos Aires en los años establecidos. En este sentido creemos necesario efectuar unas breves observaciones sobre la literatura científica dedicada a este tema. En muchos casos, la cuestión del intercambio

* Profesor Asociado de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires e investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en el Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani de la misma universidad; e-mail: <pbuchbin@retina.ar>.

¹ Christophe Charle, Juergen Schriewer y Peter Wagner, eds., *Redes intelectuales transnacionales*, Madrid, Pomares Corredor, 2006. Para el caso argentino Ricardo Salvatore, comp., *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004. Una aproximación al intercambio de ideas entre Alemania y los países del Cono Sur en Gloria Chicote y Barbara Göbel, *Ideas viajeras y sus objetos: el intercambio científico entre Alemania y América austral*, Frankfurt am Main/Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2011. Véanse también Sandra Carreras, coord. del *dossier* "Migrantes de origen alemán en Argentina: identificaciones y transparencias", *Iberoamericana* (Berlín), núm. 33 (2009); de la misma autora, "Historias de una migración peculiar: vidas académicas entre Alemania y Argentina (1870-1930)", en Ingrid Wehr, ed., *Un continente en movimiento: migraciones en América Latina*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 2006, pp. 325-338; y, particularmente, Lewis Pyenson, *Cultural imperialism and exact sciences: German expansion overseas 1900-1930*, Nueva York/Berna/Frankfurt am Main, Peter Lang, 1985, vol. 1.

académico ha sido tratada como un capítulo más de la historia de la política cultural exterior de los Estados europeos.² En otros, el enfoque se ha centrado de manera excluyente en la experiencia de académicos o científicos de algún país en particular.³ Otros más se han limitado a reconstruir la repercusión intelectual de la obra de algunos pensadores. A nuestro juicio es indispensable analizar en forma conjunta las experiencias de científicos e intelectuales de distintos países para después confrontarlas. Postulamos aquí la necesidad de avanzar en una perspectiva que observe la competencia entre representantes de comunidades nacionales y científicas en la organización e implementación del intercambio académico y que, además, privilegie una mirada que articule aspectos relativos a la historia universitaria, de la ciencia y de las relaciones internacionales.

De todas formas, creemos necesario subrayar que a través del estudio de las propuestas de intercambio de profesores y estudiantes universitarios de principios del siglo pasado, sólo intentamos analizar un capítulo de un proceso mucho más amplio. La historia de los intercambios científicos o las migraciones académicas en Argentina es más extensa y no puede limitarse exclusivamente al periodo antes mencionado. Desde los primeros años del siglo XIX, Argentina era un país de inmigración y el desarrollo de distintas disciplinas en el ámbito universitario o incluso de actividades de diferente tipo en el ámbito estatal, como la construcción de vías de comunicación o la exploración minera, exigieron la búsqueda y contratación de especialistas y académicos en el exterior. Los ejemplos pueden encontrarse ya a principios del siglo XIX, en particular, aunque no solamente, en el ámbito de las ciencias exactas: al fundarse la Universidad en 1821, la enseñanza de la Química fue posible por la contratación de Pedro Carta Molino y Carlos Ferraris, científicos de origen italiano; otro ejemplo fue el desarrollo y reorganización de la enseñanza de las ciencias exactas en general en el ámbito de la misma casa de altos estudios en la década de 1860, posible nuevamente por el aporte de tres investigadores italianos:

² Al respecto veáanse Stefan Rinke, “*Der letzte freie Kontinent*”: *Deutsche Latein-amerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918-1933*, Stuttgart, Hans-Dieter Heinz Akademischer Verlag, 1996; y Michael Goebel, “Decentering the German spirit: the Weimar Republic’s cultural relations with Latin America”, *Journal of Contemporary History* (Londres), vol. 44/2 (2009), pp. 221-241.

³ Pyenson, *Cultural imperialism and exact sciences* [n. 1], p. 67.

Emilio Rosetti, Bernardino Speluzzi y Pellegrino Strobel. Durante su presidencia Domingo F. Sarmiento impulsó la llegada a Córdoba de un grupo de naturalistas alemanes para organizar la Academia de Ciencias de esa ciudad en la década de 1870. El desarrollo del sistema de estudios preparatorios a mediados de ese siglo contó con el aporte fundamental del humanista francés Amadeo Jacques y la profesionalización de las disciplinas humanísticas no podría comprenderse sin la contribución de Paul Groussac, otro erudito de esa nacionalidad.⁴ Los ejemplos al respecto podrían multiplicarse.

El arribo a Argentina de muchos de estos científicos y académicos no fue resultado de una política sistemática organizada desde las instituciones. A menudo se originó en vínculos personales establecidos entre quienes fueron contratados y agentes de la burocracia o del gobierno. A principios del siglo xx, aunque parcialmente, se hicieron intentos por reemplazar tales procedimientos o prácticas por otras que procuraron priorizar vínculos formales entre dependencias estatales y, por supuesto, entre las universidades o las casas de estudios superiores. Tales intentos comenzaron a llevarse a cabo en un contexto en el que el intercambio, de estudiantes y sobre todo de profesores, cobró relevancia como instrumento de la política cultural de los Estados europeos.

*El intercambio académico:
las iniciativas europeas y su efecto en Argentina*

DIVERSOS trabajos han subrayado cómo, desde mediados del siglo XIX, tanto los gobiernos como los universitarios consideraron que el perfil y la proyección internacional de su comunidad académica podía desempeñar un papel relevante en la construcción del prestigio nacional. Se estableció entonces una carrera entre diferentes Estados por forzar vínculos con terceros países para imponer su supremacía en términos científicos y universitarios. Un capítulo central de esta historia es, por supuesto, la competencia entre Francia y Alemania, particularmente intensa luego de la unificación alemana de 1871. La disputa en este ámbito constituía un capítulo peculiar de la que se libraba en los campos político y militar. Un punto de inflexión en esta carrera se produjo en 1905 cuando la Universidad

⁴ Véanse los textos de Patrice Vermeren y Horacio González, *Paul Groussac*, Buenos Aires, Colihue, 2007; y Paula Bruno, *Paul Groussac: una estrategia intelectual*, Buenos Aires, FCE, 2005.

de Berlín y las de Harvard y Columbia establecieron un intercambio anual de profesores, acordado durante una visita oficial a Alemania del presidente norteamericano Theodore Roosevelt. Esto llevó a que Émile Boutroux, destacado académico y profesor universitario francés, postulase a su vez la necesidad de que las universidades francesas establecieran vínculos sistemáticos con instituciones académicas extranjeras más allá de eventos específicos como congresos o conferencias. Desde 1897 en Francia se habían llevado a cabo ciclos de conferencias financiados por una institución privada que permitió a académicos norteamericanos participar con exposiciones sobre temas generales. A la vez, instituciones como la Alianza Francesa habían permitido que conferencistas franceses viajaran a Estados Unidos para desarrollar actividades similares. Contrariamente, el interés de Boutroux radicaba en que se desarrollasen cursos completos. En 1909, finalmente, con ese objetivo se firmaron acuerdos de cooperación entre la Sorbona, por un lado, y las universidades de Columbia y Harvard, por otro. De nuevo lo anterior fue posible gracias a la generosidad de un particular que otorgó los fondos para los viajes de los profesores y las becas de los estudiantes. Posteriormente se firmarían acuerdos similares entre instituciones académicas francesas y latinoamericanas, en particular de Brasil.

Los ecos de esta competencia llegaron a Argentina a principios de siglo. Las primeras controversias sobre el intercambio académico se producirían entonces en una institución universitaria que contaba con un grado de internacionalización relativamente importante. La UBA enviaba regularmente a sus profesores a congresos internacionales (estaba presente, entre otros, en los Congresos de Americanistas y en los Congresos Científicos Panamericanos) y sus academias (organismos que asesoraban a las facultades en aspectos científicos y didácticos) designaban periódicamente miembros extranjeros destacados en su profesión o disciplina. La *Revista de la Universidad de Buenos Aires* publicaba y traducía con frecuencia artículos de científicos y académicos, sobre todo europeos, y gran parte de la bibliografía y el instrumental utilizado también debía importarse. Era habitual que las facultades enviaran al exterior misiones de carácter semioficial. Se trataba de algún profesor que realizaba un viaje por razones particulares y recibía, junto con la licencia para ausentarse, el encargo de una tarea de naturaleza académica por parte del organismo de gobierno de la institución. Por lo general se trataba de estudiar la enseñanza de ciertas disciplinas o, por ejemplo, la organización de laboratorios

o bibliotecas. Algunas de estas misiones dieron lugar a extensos informes. Ernesto Quesada, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y miembro de los consejos directivos de esa facultad y de la de Derecho, como resultado de sus viajes escribió tres grandes trabajos, uno de ellos sobre los métodos de promoción en la Universidad de Londres, un segundo sobre el funcionamiento de la Facultad de Derecho de París y un tercero sobre la enseñanza de la historia en las universidades alemanas, que publicó durante una estancia en la Universidad Nacional de La Plata.⁵

A principios de siglo algunas facultades seguían con la práctica de contratar asistentes y profesores en el extranjero para el dictado de determinadas asignaturas para las que no hallaban profesionales en el medio local. Particularmente se los requería en medicina o en ciencias exactas para la parte práctica de la enseñanza. La Universidad también recibía en forma periódica conferencistas extranjeros. Generalmente éstos llegaban a partir de contactos personales establecidos por algún profesor que viajaba a Europa o a través de gestiones llevadas a cabo ya fuese por un diplomático argentino en el exterior o algún agente de la diplomacia europea en Buenos Aires. Por otro lado, a menudo las facultades debían pronunciarse sobre revalidación de títulos de profesionales extranjeros que venían a radicar en Argentina y examinaban los certificados de bachilleres extranjeros que aspiraban a seguir sus estudios en alguna de las facultades de la UBA.

Si bien el grado de internacionalización era importante en términos generales, como era previsible, las distintas comunidades académicas que componían la institución no se vinculaban con sus contrapartes externas en forma similar. Probablemente los más internacionalizados fuesen los médicos. Las lecturas de las Actas del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina permiten advertir la existencia de una comunidad universitaria que permanentemente confrontaba sus métodos, sus prácticas, su organización curricular y didáctica e incluso el nivel de sus egresados, con instituciones similares del extranjero. En este sentido, la de Medicina era una comunidad académica que se profesionalizaba de manera acelerada

⁵ Véanse los textos de Ernesto Quesada, *La Facultad de Derecho de París: estado actual de su enseñanza*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni Hermanos, 1906; *Los sistemas de promoción de la Universidad de Londres*, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1912; *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, La Plata, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales-UNLP, 1910.

y presentaba un claro contraste con la de Derecho. Mientras en las discusiones sobre aspectos de la enseñanza las referencias de los médicos eran casi siempre externas, las de los abogados eran predominantemente nacionales.

También es posible observar que, en el caso de los médicos, esas referencias eran casi siempre alemanas o francesas. Se trataba de una disputa velada entre dos modelos que, sobre todo a partir del inicio de la Gran Guerra, se hará más explícita e incluso hasta excluyente pero cuyos orígenes pueden rastrearse ya a finales del siglo XIX. En noviembre de 1902, la Facultad de Medicina le encargó a Horacio Piñero el análisis de la organización de las bibliotecas europeas. El estudio privilegió el funcionamiento de la Facultad de Medicina de París y examinó particularmente todo lo referido al intercambio de publicaciones.⁶ Tiempo más tarde el profesor David Speroni viajó a Alemania y propuso incorporar en su institución la modalidad de la enseñanza de la anatomía patológica que allí se realizaba sosteniendo que era muy superior a la que se llevaba a cabo en París y en Turín. Elogiaba entonces el uso del microscopio y el entrenamiento en la observación que, de acuerdo con su opinión, marcaba claramente la superioridad de los alemanes.⁷ También la Facultad de Medicina intentó introducir tempranamente la figura del *docente libre*, tomada de los alemanes y comprendida como un modo de disminuir la presión que ejercían los graduados para ingresar como docentes a la institución. Pocos años más tarde, en julio de 1910, en el seno del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina se produjo una intensa discusión relativa a la concesión de títulos *Honoris causa*. Domingo Cabred, uno de los consejeros y profesor de Psiquiatría, propuso se distinguiese al profesor Christofredo Jakob, destacado médico de origen alemán. Graduado en Medicina en la Universidad de Erlangen, Jakob había sido contratado en 1899 por iniciativa de Cabred para llevar a cabo investigaciones en neuroanatomía. De esta manera Cabred, que había desempeñado un papel central en su contratación, proponía reconocer su tarea científica.⁸ Varios consejeros, entre ellos el mismo decano, manifestaron su desacuerdo y sostenían que

⁶ Véase *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año I, tomo I (1904), p. 152.

⁷ David Speroni, “La enseñanza de la anatomía patológica en Alemania”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo IV (1905), pp. 453-463.

⁸ Sobre Cabred véase Jacinto Carlos Orlando, “La vida y obra de Cristofredo Jakob”, *Electroneurobiología* (Buenos Aires), vol. 14 (1995), pp. 499-607.

Jakob no contaba con ningún trabajo relevante, que todos los suyos eran “trabajos de repetición”. Gregorio Araóz Alfaro, prestigioso médico que años más tarde sería figura destacada de la Institución Cultural Argentino-Germana, defendió a Jakob resaltando sus más de diez años de trabajo en la institución y sus logros en materia de formación de discípulos. Minutos más tarde, en la misma sesión se propuso otorgarle una condecoración a Georges Clemenceau en vistas a su próximo arribo al país. Clemenceau era un prestigioso político francés que había sido jefe de gobierno y además era médico. Pero ahora fue Araóz Alfaro quien se opuso argumentando que no se trataba de un “médico espectacular”⁹ y que, en consecuencia, la distinción no se justificaba.

Más allá de controversias de este tipo, producidas por la competencia entre dos modelos que se reiteraría a lo largo de estos años en los que ya las disputas académicas se articulaban parcialmente con aspectos políticos, puede advertirse, sobre todo en los casos de los académicos de Medicina y Ciencias Exactas, una voluntad muy clara de articular a sus facultades al movimiento científico internacional. Esta voluntad se fundamentaba a su vez en una idea o postulado común y era que el aporte científico extranjero, sobre todo europeo, cumpliría una tarea fundamental en la transformación de la Universidad en una dirección más científica y menos profesionalista, preocupación central de quienes por aquel entonces la gobernaban.¹⁰ El objetivo era incorporar académicos extranjeros en las disciplinas más propiamente científicas a raíz de la falta de hombres de ciencia en Argentina. Una alternativa, orientada por el mismo propósito, consistiría en enviar a los mejores estudiantes a Europa para formarlos como investigadores indispensables para una enseñanza eficaz de ciertas asignaturas del plan de estudios. En 1907 la Facultad de Medicina contrató en Europa a un jefe de Trabajos Prácticos para la enseñanza de la Fisiología al que designó con un sistema especial de dedicación exclusiva y en septiembre de ese mismo año se aprobó una propuesta de Araóz Alfaro para otorgar dos becas de perfeccionamiento en Europa a estudiantes con las

⁹ “Facultad de Medicina. Sesión del 21 de julio de 1910”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XIV (1910), p. 257.

¹⁰ Con el término *profesionalismo* se denota la concentración casi exclusiva de la actividad universitaria en la formación de profesionales liberales, fundamentalmente médicos y abogados, relegando a un plano marginal otras funciones consideradas centrales de la vida universitaria como la investigación científica. En los debates sobre la cuestión universitaria de principios de siglo la crítica al profesionalismo ocuparía un lugar central.

más altas calificaciones para formarse en determinadas materias.¹¹ El objetivo de estas becas consistiría en formar a los jefes de laboratorio y a los profesores suplentes. En 1912, tomando como ejemplo a la Universidad Nacional de La Plata, uno de los consejeros de la Facultad de Ciencias Exactas propuso la contratación de profesores en el extranjero que debían concentrarse en la formación de científicos. La reiterada voluntad de apelar a académicos extranjeros puede observarse durante el mismo periodo en Filosofía y Letras, facultad que contaba entre sus profesores a varios académicos europeos, algunos de ellos heredados del seminario pedagógico fundado en 1904 con base en el aporte de eruditos alemanes.¹² En diciembre de 1906 el decano de Filosofía y Letras propuso, aprovechando el viaje de uno de los consejeros, que se gestionase la contratación en Europa de un profesor de Literatura latina.

Filosofía y Letras fue además una de las primeras instituciones en impulsar como política sistemática la contratación de conferencistas externos. La idea era convocar a “profesores eminentes” que dieran exposiciones magistrales abiertas al público en general. El primer contrato fue establecido con Giuseppe Sergi, director del Museo de Antropología de Roma. En su memoria del año 1907, el rector destacó la propuesta y señaló que debía aplicarse en todas las facultades. Afirmaba que permitiría poner al alcance del público argentino la enseñanza de los mejores especialistas europeos. También destacaba que, en caso de ser acompañada por una misión análoga de algunos de “nuestros buenos profesores”, daría lugar a una vinculación intelectual por más de un concepto útil al país.¹³

Finalmente, estas iniciativas llegaron a la Facultad de Derecho, la menos internacionalizada de todas. En 1908 su Consejo Directivo sancionó una ordenanza para gestionar anualmente la venida al país de profesores “eminentes” para dictar en los salones de la facultad conferencias científicas relacionadas con la economía, el

¹¹ La dedicación exclusiva no existía por entonces como mecanismo estructural de incorporación de docentes en el sistema universitario. Ésta se implantaría a finales de la década de 1940.

¹² Dependiente del Estado nacional, el Seminario Pedagógico fue creado con el propósito de formar a los futuros profesores de enseñanza media otorgando, en principio, formación didáctica a profesionales que ya se desempeñaban en ese ámbito. Tiempo después se transformó en el Instituto Nacional del Profesorado.

¹³ “Memoria del Rector correspondiente a 1907”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo x (1908), p. cxxvii.

derecho o la instrucción pública.¹⁴ Tiempo atrás Estanislao Zeballos propuso contratar en Italia un profesor de Derecho romano “que se haya distinguido en la vida universitaria europea” para hacer “más científico el estudio de esta asignatura y ante la imposibilidad de obtenerlo en el país”. Pero todavía entonces, las conferencias y las contrataciones eran resultado de iniciativas individuales que dependían de viajes en parte sociales o turísticos y en parte académicos de profesores argentinos y a veces también de algún otro mediador como los embajadores argentinos en Europa.

*La coyuntura del Centenario
y la implementación formal
de las propuestas de intercambio*

LAS propuestas para fomentar el intercambio académico se aceleraron en tiempos del Centenario. Con motivo de los festejos arribaron varios académicos extranjeros. Particular repercusión tuvieron las visitas de los españoles Adolfo González Posada y Rafael Altamira y la del francés Ernest Martinenche, historiador de la literatura. Las de los dos últimos formaban parte de iniciativas generadas desde el viejo continente con el fin de fortalecer los lazos académicos y culturales con América Latina. González Posada vino en representación de la Universidad de Oviedo y de la Junta de Ampliación de Estudios que, por orden real, había sido encargada del fomento de los lazos académicos con América Latina. Martinenche era secretario del Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine. Las dos instituciones habían sido fundadas poco tiempo antes, la primera en 1907 y la segunda un año después.

Aquellos también fueron momentos para reflexionar sobre la función de la Universidad. Las preocupaciones se reflejaron en los discursos pronunciados por las autoridades académicas durante los festejos. El rector de la UBA, Eufemio Uballes, afirmó que la Universidad tenía que cumplir con una función central en la construcción del prestigio nacional, función que aún no desempeñaba. El consejero Enrique Cranwell destacó que la institución tenía una misión nacional y patriótica, pero que ese patriotismo debía ser “ecuanime, liberal y fraternal”. Para cumplir esa misión la Univer-

¹⁴ “Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Ordenanza del 26 de agosto de 1908”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo x (1908), p. cdxii.

alidad debía buscar sus maestros sin exclusivismos de nacionalidad subrayando que la unión de los hombres de buena voluntad era más fácil en la ciencia que en cualquier otro campo.¹⁵ En este contexto se aceleraron también varias iniciativas de contratación de profesores en el extranjero como la del mismo Martinenche por parte de Filosofía y Letras para que dictase una materia completa. Medicina aprobó una partida para contratar jefes de trabajos prácticos en Alemania y Francia dedicados a la enseñanza de la anatomía descriptiva. La Facultad de Ciencias Exactas obtuvo fondos para contratar en Europa a un profesor para su escuela de Arquitectura y además instituyó un premio especial para otorgar becas para que sus graduados más destacados pudiesen perfeccionarse tanto en el viejo continente como en Estados Unidos. Derecho, por su parte, recibió a León Duguit, profesor de la Universidad de Burdeos, que dictó conferencias en la facultad y envió a Juan Carlos Cruz, uno de sus académicos, para que pronunciase una serie de conferencias en la Universidad de París.¹⁶ Pero, para el tema que nos ocupa, tal vez la cuestión más relevante resida en las iniciativas concretas para articular un intercambio de profesores de manera permanente. Un primer ensayo tuvo lugar en 1912. El Instituto Carnegie para la Paz Internacional procuró interesar a la UBA en el fomento del intercambio de estudiantes y profesores entre universidades norteamericanas y argentinas, sin embargo la iniciativa no logró despertar demasiado interés.¹⁷ En cambio, las dos iniciativas que

¹⁵ “Banquete de la Universidad. Discursos pronunciados”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XIII (1910), pp. 117-143. Debemos tener en cuenta aquí que hacia el Centenario comenzaron a hacerse oír cuestionamientos y perspectivas negativas de la inmigración sobre la vida social y política de Argentina. Las expresiones xenófobas, si bien eran marginales, tuvieron efecto y se tradujeron en algunos casos incluso en la sanción de leyes como la de residencia que procuraban avanzar en la expulsión de los migrantes díscolos e involucrados en actos de protesta. Algunas de las figuras que defendieron estas políticas, como Estanislao Zeballos, ocupaban también un lugar destacado en el mundo universitario. Al respecto véase Fernando Devoto, *El país del primer centenario: cuando todo parecía posible*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010, p. 42.

¹⁶ Sobre las conferencias de Duguit véase Carlos Herrera, “Jean Jaurés y León Duguit en Buenos Aires: el político, el científico, lo social”, en Paula Bruno, coord., *Visitas culturales en la Argentina 1898-1936*, Buenos Aires, Biblos, 2014, pp. 121-136.

¹⁷ Véase Ricardo Salvatore, “Saber hemisférico y disonancias locales: Leo S. Rowe en Argentina, 1906-1919”, en *id.*, *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2007, pp. 327-365. Las iniciativas de articulación de intercambios con Estados Unidos tuvieron escaso eco en los medios académicos locales, situación que probablemente reflejase también una percepción difundida entre sectores de las élites que veían en las iniciativas culturales y científicas norteamericanas un medio más para asegurar su he-

suscitaron el intenso debate de los académicos porteños fueron las de Francia y Alemania.

Una vez más, ambas negociaciones se iniciaron a partir de contactos informales establecidos por dos destacados académicos y juristas argentinos. Antonio Dellepiane cumplió, junto a Horacio Piñero, un papel central en la articulación de las gestiones con Francia y Ernesto Quesada lo hizo con Alemania. El convenio con Francia contaba, además de las gestiones de Dellepiane, con los contactos establecidos durante los viajes de Duguit y Martinenche a Buenos Aires y de Cruz a París. Finalmente, en agosto de 1913, se aprobó una ordenanza sobre intercambio de profesores con universidades francesas.¹⁸

El acuerdo se firmó con intervención de la Inspección Superior de Francia. Entonces se procuraba implementar un intercambio permanente. La principal ventaja era, según la opinión de los académicos argentinos, el hecho de que la UBA se adjudicaba la potestad de indicar cada año a la Inspección la nómina de los profesores que serían llamados a Buenos Aires para dictar conferencias y cursos en las facultades. La Inspección les seguiría pagando los salarios y la UBA pagaría los viajes y una suma de dinero para la permanencia en Argentina. En un artículo publicado en la revista oficial de la institución, Dellepiane señalaría más tarde que el convenio era en verdad favorable para las dos partes, ya que mientras Francia lograba extender en todo el mundo latino su influjo intelectual, la Universidad argentina podría seguir nutriéndose con ideas y teorías “simpáticas al genio nacional”.¹⁹ Nuevamente aquí subrayaba lo beneficioso que resultaba que se delegase en la UBA la elección de los profesores franceses. Este hecho era percibido por los académicos argentinos como un reconocimiento hacia la institución por parte de las autoridades académicas de aquel país. Aunque en principio se había establecido la concurrencia de dos profesores, finalmente se decidió que en 1915, momento previsto para el inicio del convenio,

gemonía política a nivel continental. Al respecto véase el texto de Ernesto Quesada, *El nuevo panamericanismo y el congreso científico de Washington*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1916.

¹⁸ “Consejo Superior. Ordenanza sobre Intercambio de Profesores Universitarios, Septiembre 16 de 1912”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XVIII (1912), p. 299; y “Consejo Superior. Ordenanza N 86 de Intercambio Permanente de Profesores con Francia”, aprobada el 6 de agosto de 1913 en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XXVIII (1914), pp. 137-138.

¹⁹ Antonio Dellepiane, “Intercambio de profesores universitarios”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XXIV (1913), pp. 29-32.

se llamaría a un profesor para la Facultad de Ciencias Exactas. Los vínculos con Francia se articulaban además en un contexto signado por la política de creación de instituciones culturales francesas en el extranjero y por la fundación de organismos como el Comité France-Amérique en 1909 que, entre otros aspectos, procuraba reforzar los vínculos culturales con América Latina.

El modelo alemán de intercambio que propuso Ernesto Quesada era distinto. También surgió por la gestión personal que este último llevó a cabo con el rector de la Universidad de Berlín en uno de sus tantos viajes. Según lo que informó Quesada ante la reunión del Consejo Superior de la Universidad, el rector de esa casa de altos estudios, con el respaldo de la Cancillería alemana, proponía para la UBA un intercambio similar al que desarrollaba con Harvard y Columbia. De esta manera anunciaba que la Universidad de Berlín podía enviar regularmente profesores a dar clase en español a Buenos Aires pero, para garantizar el éxito del intercambio y, en consecuencia, que éste pudiese continuar durante varios años, era preciso que la UBA presentara doce candidatos para impartir clase en Alemania sobre su disciplina y además en alemán.²⁰ Quesada fue designado oficialmente intermediario en las gestiones por parte del Consejo Superior y se le encargó al rector indagar qué profesores de la institución estaban en condiciones de dar clase en ese idioma. La consulta fue poco exitosa y sólo tres profesores respondieron positivamente. A diferencia de lo que sucedía con Francia, donde una institución vinculada al Estado tomaba parte activamente en el diseño de las políticas de intercambio, los vínculos con Alemania se estructuraron a partir de lazos entre los funcionarios universitarios. Pocas iniciativas con este país se articularon durante esos años más allá de algunas invitaciones específicas como la que le permitió a Salvador Debenedetti, profesor de Etnología de la Facultad de Filosofía y Letras, viajar invitado por el director general del Museo de Berlín para estudiar las colecciones arqueológicas y etnográficas existentes allí. La iniciativa del intercambio profesoral con Alemania no avanzó formal e institucionalmente como sí lo hizo la de Francia y tampoco se dejó sentir, en este caso, el peso y la influencia de organizaciones estatales de aquel país ocupadas de los aspectos culturales.

Puede advertirse entonces que los modelos de intercambio que proponían los académicos de ambos países eran sustancialmente

²⁰ La intervención de Quesada en “Consejo Superior. Sesión de 1 de agosto de 1911”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo xv (1911), pp. 374-377.

distintos. Las controversias sobre las propuestas tuvieron lugar en el seno del Consejo Superior pero se desarrollaron sobre la base de argumentos científicos y académicos que no estuvieron teñidos, al menos de manera explícita, de consideraciones nacionales. Ernesto Quesada observó entonces que la idea moderna del intercambio consistía en que una disciplina determinada fuese enseñada en Alemania con criterio y mentalidad americana durante un semestre o un año y que la misma disciplina fuese enseñada en América con un criterio o mentalidad cultural alemana. Ése era para Quesada el verdadero canje de profesores y no el propuesto con la Universidad de París, que sólo servía para el intercambio de conferencistas destinado a un público extrauniversitario. En una sesión del Consejo Directivo de Filosofía y Letras afirmaría lo inconveniente que era traer “conferencistas sueltos que hablen de generalidades y que recluten su público entre las gentes habituadas a teatros o salas de otro género”.²¹ Señalaba así que era fundamental lograr el intercambio de profesores regulares ya que era la única manera en que tendría una verdadera repercusión en la vida universitaria. Pero, como destacamos antes, a pesar de los argumentos de Quesada, el modelo francés fue en esta fase más exitoso. Los universitarios argentinos organizaron grandes recepciones a los académicos franceses que visitaron el país. Se adhirieron públicamente al Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les relations avec l’Amérique Latine y reconocieron el alto valor de las iniciativas francesas en el marco de una suerte de fraternidad intelectual de naturaleza latina cuyas raíces pueden encontrarse desde mediados del siglo XIX.

El efecto de la Gran Guerra

Los proyectos e iniciativas se suspendieron a partir del inicio de la Primera Guerra Mundial. El Ministerio de Instrucción Pública de Francia le comunicó a la UBA que postergaba la iniciación del intercambio de profesores. También la UBA suspendió la concesión de las becas para perfeccionamiento en el exterior y eliminó las partidas presupuestarias para las conferencias de profesores extranjeros. Si bien el tema pasó a un segundo plano, la cuestión académica y científica comenzó a ser cruzada, con mayor intensidad, por con-

²¹ “Facultad de Filosofía y Letras. Sesión de 5 de junio de 1911”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo xv (1911), pp. 399-404.

sideraciones políticas y nacionales. Como han señalado diversos autores, en Argentina la Gran Guerra generó fuertes controversias que se tradujeron en la aparición de corrientes ideológicas muy heterogéneas y de diferente carácter. Algunas de ellas provocaron un fortalecimiento del sentimiento americanista. También posibilitaron el afianzamiento de una identidad eurolatina y de fuertes raíces hispánicas.²²

El gobierno argentino mantuvo una actitud neutral durante la contienda pero el mundo académico y el de las élites estuvo fuertemente afectado por la cuestión y las polémicas fueron muy intensas. Si bien es poco aún lo que se conoce sobre los efectos de la guerra entre los universitarios y científicos argentinos, algunos trabajos han subrayado los clivajes y divisiones que ésta provocó. Irina Podgorny y Susana García han mostrado la fuerza de la ofensiva proaliada en el caso de la Universidad Nacional de La Plata.²³ Frente a orientaciones de estas características, José Nicolás Matienzo y Rodolfo Rivarola, miembros del Consejo Superior de la UBA, propusieron que indirectamente la institución se pronunciase a favor de la neutralidad. Para ello debía negar la licencia a todos los profesores o empleados que solicitasen permiso para volver a sus países de origen con el objeto de enrolarse en los ejércitos. Pero la propuesta fue rechazada por el Consejo Superior.²⁴

En adelante, la cuestión de los vínculos académicos externos no pudo ser tratada sobre la base de consideraciones predominantemente científicas revelando esta circunstancia el efecto que la explosión nacionalista que sacudió a Europa al iniciarse la guerra tuvo en la comunidad académica argentina. Tal vez uno de los testimonios más interesantes de la manera en que la guerra afectó la forma de mirar las relaciones universitarias de Argentina con el exterior sea la de Josué Beruti, prestigioso médico que había

²² Oliver Compagnon señala que el desencadenamiento de la Gran Guerra fue relevante en la reconstrucción de las identidades políticas en América Latina e impulsó una perspectiva crítica hacia el mundo europeo. De todas formas debe destacarse también en esta etapa la revaloración de la herencia hispánica. En este sentido, es notable la simpatía de los intelectuales argentinos hacia el movimiento regeneracionista español. La idea de regeneración planteaba una comunidad de perspectivas y problemas entre las élites españolas y argentinas en temas como la reforma política y la reforma educativa, Oliver Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Crítica, 2014.

²³ Susana García e Irina Podgorny, "El sabio tiene una patria: la Gran Guerra y la comunidad científica argentina", *Ciencia Hoy* (Buenos Aires), núm. 55 (2000), pp. 24-34.

²⁴ "Consejo Superior. Sesión del 3 de agosto de 1914", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XXVI (1914), pp. 281-285.

estudiado en la Universidad de Friburgo en Alemania, y que en 1920, luego de finalizada la contienda, publicó un texto bajo el título “Beligerancia científica: la medicina alemana”. El artículo puede ser leído como la defensa de un profesional de claras simpatías germanas frente a la propaganda antialemana desarrollada en ámbitos universitarios argentinos. Beruti, en efecto, denunciaba una campaña de desprestigio en Argentina contra todo lo que tenía origen espiritual germano —alemán y austríaco— que atribuía a fuentes belgas y francesas. Al mismo tiempo defendía los logros científicos alemanes. Criticaba en este contexto, además, la nota de adhesión de la Academia de Medicina de la UBA a la Academia de Medicina de París en pleno transcurso de la guerra.²⁵ Sin embargo, consideramos que lo destacable en Beruti es su ferviente defensa del carácter internacional del conocimiento científico. Afirmaba que “nuestra cultura científica debe ser internacional”, defendía el cosmopolitismo en el aprendizaje y sostenía que los logros científicos eran, necesariamente, el producto del contacto de civilizaciones diferentes. Era comprensible que se tratasen de afirmar monopolios en el ámbito de los servicios de informaciones, las industrias y el comercio “pero no en la ciencia”. En definitiva, el texto de Beruti conformaba un manifiesto en defensa de la construcción de un conocimiento no limitado por exclusivismos de naturaleza nacionalista.²⁶

Más allá de la nota de protesta de Beruti puede advertirse que después de la Gran Guerra el intercambio académico comenzó a marchar por carriles diferentes. Los universitarios porteños siguieron mostrando poco entusiasmo por las ofertas norteamericanas que siguieron llegando y, en un primer plano, privilegiaron los vínculos con Estados latinoamericanos. Se avanzó entonces en propuestas para el intercambio con Uruguay y Brasil. En marzo de 1915 se dio a conocer una propuesta formal de convención de intercambio entre los Estados argentino y uruguayo que se oficializó con un decreto expedido por el Poder Ejecutivo el 13 de agosto de ese año y que involucraba a las facultades de Medicina. Una vinculación particularmente estrecha se estableció con la Facultad de Medicina

²⁵ La Academia de Medicina era un organismo dependiente de la Facultad y que asesoraba a sus organismos de gobierno en lo referente a los aspectos científicos y administrativos vinculados con la enseñanza.

²⁶ Josué Beruti, *Beligerancia científica: la medicina alemana*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Prauche & Eggeling, 1920.

de Río de Janeiro en 1917. Pero el espacio que la iniciativa francesa y alemana dejó libre fue ocupado sobre todo por los científicos españoles que en aquellos años iniciaron una relación permanente con la UBA. Este vínculo fue, probablemente, el más perdurable, el que tuvo efectos más profundos en el mundo académico y el de mayor repercusión pública.

*La reconstrucción del intercambio
durante los años veinte*

DURANTE los años veinte el intercambio se reconstruyó sobre la base de mecanismos y modalidades distintos a los que habían caracterizado los proyectos de los primeros años del siglo. En principio debemos tener en cuenta cómo la experiencia derivada de la guerra condicionó estas actividades. La cuestión de la propaganda y la necesidad de ganar a la opinión pública de los países neutrales se convirtió en un imperativo central de la política de los Estados involucrados en el conflicto. La tensión entre franceses y alemanes continuó durante los años veinte y treinta y la política cultural y académica cobró, incluso, un peso mayor al que había tenido antes de la guerra. Los informes y la correspondencia de los embajadores de Alemania y Francia en Argentina durante los primeros años de la década del veinte exponen con claridad la importancia otorgada a los vínculos académicos como instrumento para ganar para su causa a las élites universitarias y también a gran parte de la opinión pública. La correspondencia muestra además el recelo mutuo por las actividades desarrolladas y también por la de los representantes de otras comunidades como la española o la italiana. Más allá de esto se imponía la idea de que la política cultural debía fortalecer sobre todo los lazos entre los pueblos más que entre los gobiernos. De este modo, aquella se configuraba como un factor clave de las estrategias propagandísticas frente a la opinión pública de cada uno de los Estados neutrales.

La otra característica que asumió el intercambio en aquellos años fue el peso que adquirieron las asociaciones o instituciones no estatales o relativamente independientes del Estado. La sorda disputa que durante los años veinte enfrentó a los funcionarios de las embajadas francesa y alemana en Argentina obviamente no se libró en forma directa desde las sedes diplomáticas sino que procuró llevarse a cabo utilizando las instituciones de la sociedad civil. Una propuesta del ministro de Guerra francés para encargar las accio-

nes culturales al agregado militar en Buenos Aires fue rechazada firmemente por el ministro de Asuntos Extranjeros señalando lo inconveniente que era que un funcionario del Estado asumiese ese cargo.²⁷ Por otra parte, respondiendo a la solicitud de un ministro español, un funcionario del Servicio Exterior alemán afirmaría que, ante la escasez de recursos, la política cultural debía apoyarse en las instituciones de la sociedad civil de cada país interesado en mantener vínculos con Alemania.²⁸ Considerablemente más dinámico que el de principios de siglo, el intercambio académico de los años veinte fue posible gracias a la acción de una serie de instituciones intermediarias que lo orientaron, estructuraron y, en algunos casos, controlaron directamente. En la UBA, dichas instituciones fueron el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, la Institución Cultural Española y la Institución Cultural Argentino-Germana. Si bien todas tuvieron un papel activo en la década del veinte, las dos primeras gozaron de mucha mayor influencia entre el público. Luego se sumarían, en un plano más discreto, el Instituto de Cultura Itálico y el Instituto Cultural Argentino-Norteamericano.

Las tres instituciones, de todas formas, tenían características distintas y también comprendían de manera diversa sus tareas y objetivos. La Institución Cultural Española se fundó en junio de 1912 por iniciativa de miembros de la Asociación Patriótica, que nucleaba a sectores destacados de la comunidad española en Buenos Aires. En sus orígenes fue dirigida por Avelino Gutiérrez, profesor de la Facultad de Medicina de la UBA nacido en Santander.²⁹ Sus dirigentes la consideraban como una asociación de españoles que actuaba en Argentina. Llevaba a cabo sus tareas en un contexto de clara reivindicación de la tradición hispánica propia de los tiempos

²⁷ “M. Millerand, président du Conseil et ministre des Affaires Étrangères à M. André Lefèvre, ministre de la Guerre, Paris, 23 Juillet, 1920”, en *Ministère des Affaires Étrangères. Documents Diplomatiques Français*, Paris, Imprimerie Nationale, 1999, tomo II, p. 304.

²⁸ Dr. Soehring, relator y consejero de Legación, al sr. conde de San Esteban de Cañongo, ministro de Estado, Madrid/Berlín, 11 de abril de 1923, *Politische Archiv des Auswärtiges Amts (PAAA)*. R. 60431.

²⁹ Al respecto véanse Isidro Sepúlveda, “La JAE en la política cultural de España hacia América”, y José María López Sánchez, “La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española”, ambos en *Revista de Indias* (Madrid), núm. 239 (2007), pp. 59-80 y 81-102, respectivamente. Sobre Avelino Gutiérrez, véase Marta Campomar y Javier Zamora Bonilla, “Avelino Gutiérrez (1864-1946): la ciencia y la cultura en las dos orillas”, en Marcela García Sebastiani, dir., *Patriotas entre naciones: elites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*, Madrid, Editorial Complutense, 2011, pp. 231-271.

del Centenario y en sus estatutos asumía como uno de sus principales objetivos “dar a conocer y difundir en la República Argentina las investigaciones y estudios científicos y literarios que se realicen en España”.³⁰ Con ese propósito se estableció que la institución sostendría una cátedra en la UBA que debía ser desempeñada por científicos y eruditos peninsulares. Eran en definitiva los miembros de la colectividad española en Argentina los que solventaban el grueso de los costos de esta cátedra. Un aspecto fundamental de su funcionamiento era que la decisión en torno a quiénes serían los profesores invitados ya no quedaba en manos de la UBA sino de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que dirigía Santiago Ramón y Cajal en Madrid. Este procedimiento era considerado el más adecuado para garantizar la representación del auténtico potencial científico español y asegurar que fuesen los mejores académicos de ese origen los que tuviesen participación en el intercambio. La tarea de la Institución Cultural Española de Buenos Aires se inscribió así en el marco de una política más general concebida desde España y basada en la idea de la responsabilidad y tutela española sobre el Nuevo Mundo. En alguna medida se alejaba del ideal celebrado por los académicos argentinos de principios de siglo, ya que las autoridades de la UBA perdían la capacidad de decidir sobre quiénes participarían en el intercambio y quedaban limitadas a designar la Facultad en la que se desarrollarían las conferencias.³¹

La Junta para Ampliación de Estudios (JAE) nació en enero de 1907 como parte de un programa mayor que procuraba sacar a España de la crisis en la que se veía sumida, en particular después de los sucesos de 1898. Este programa otorgaba a la educación y la ciencia un papel central en la recuperación del prestigio y el poderío español. La JAE tenía como objetivo central el desarrollo y fomento de las ciencias exactas, naturales y humanas y con ese propósito el Ministerio de Instrucción Pública le otorgó autonomía. Se trataba

³⁰ Véanse los estatutos en *Anales de la Institución Cultural Española*, tomo I. 1912-1920, Buenos Aires, 1947, p. 36.

³¹ La bibliografía sobre la Junta y su papel en los vínculos con América Latina es extensa, entre otros títulos además de los ya citados, José M. Sánchez Ron, coord., *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, 2 vols.; Isidro Sepúlveda Muñoz, *Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936*, Madrid, UNED, 1994; y Pilar Cagiao Vila y Eduardo Rey Tristán, *De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2007.

de un organismo independiente del sistema universitario y, como ya se dijo, el prestigioso científico Ramón y Cajal fue designado su presidente. La JAE inició su programa de renovación científica en 1910 regularizando el sistema de pensiones al extranjero con el propósito de permitir a académicos y estudiantes españoles seguir estudios en centros científicos de prestigio, en particular europeos.

En abril de ese mismo año, una Real Orden encomendó a la JAE el fomento de las relaciones con los países hispanoamericanos. Esta orden establecía que la Junta debía otorgar a los estudiantes americanos cierto número de plazas en los centros que estaban bajo su supervisión pero también le encomendaba el envío a América de delegados y pensionados científicos y la organización del intercambio de profesores.

La JAE asumía en este marco funciones que había pretendido desempeñar la Universidad de Oviedo. Dicha institución había desarrollado un ambicioso programa de vinculación americanista iniciado con el viaje del historiador Rafael Altamira entre 1909 y 1910. Como ya hemos señalado, Adolfo González Posada, otro distinguido profesor de la Universidad de Oviedo que se aprestaba a viajar a Hispanoamérica, fue designado entonces representante de la Junta. González Posada propuso crear centros de la JAE en los países hispanoamericanos y para ello también insistió en la necesidad de buscar respaldo en las numerosas comunidades de españoles residentes en aquellos países.³²

Éste fue el contexto de creación en Buenos Aires de la Institución Cultural Española que, por su parte, financió regularmente el viaje de científicos españoles designados por la JAE a lo largo de los años veinte. Predominaron los médicos, pero también había entre ellos filósofos como José Ortega y Gasset o matemáticos como Julio Rey Pastor. Probablemente una de las contribuciones más importantes fue la vinculada a los estudios filológicos. Los viajes de Ramón Menéndez Pidal, de Américo Castro y, sobre todo, de Amado Alonso fueron fundamentales para el desarrollo de esa disciplina en la Facultad de Filosofía y Letras. El Instituto de Filología creado por estos especialistas en la misma facultad se convertiría en el más relevante del mundo de habla hispana luego de la Guerra Civil.

³² Sobre Altamira y su viaje americano véase el libro de Gustavo Prado, *Rafael Altamira en América: historia e histografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, csic, 2008.

También durante los años veinte el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires cumplió un papel fundamental. En alguna medida era la expresión de la continuidad de una política de Estado que los gobiernos franceses venían siguiendo antes del inicio de la Gran Guerra, entre otras medidas, con la creación del Comité France-Amérique, del Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine y que se fortaleció entonces con la creación del Servicio de Obras Francesas en el extranjero.³³ Se articulaba estrechamente con la labor de otras instituciones culturales como la Alianza Francesa o con las políticas de apoyo a los liceos franceses en América Latina. Hebe Pelosi ha señalado que entre 1921 y 1939 el Instituto logró llevar a Argentina como conferencistas a sesenta y dos académicos franceses. Su fundación fue impulsada por José Arce, un médico con estrechos contactos políticos y académicos en Francia, que fue rector de la UBA entre 1922 y 1926. El Instituto recibiría una subvención del gobierno francés y otra del argentino, a través de la Universidad, y sus autoridades serían designadas por funcionarios de ambos gobiernos. El organismo se ocupó de gestionar ante las universidades y escuelas superiores francesas el envío de profesores. Los conferencistas pertenecían a diferentes disciplinas pero la Medicina y las vinculadas con las Humanidades resultaron privilegiadas en este intercambio.³⁴

Si bien siendo rector de la UBA Arce impulsó las actividades del Instituto, éste fue creado en septiembre de 1921 por parte de un conjunto de académicos argentinos de diverso origen impulsados por Adolfo Bioy, prestigioso abogado, y por Diego Luis Molinari, también abogado pero vinculado estrechamente por un lado a la Facultad de Filosofía y Letras en su condición de profesor de Historia argentina y por otro lado al mismo Poder Ejecutivo nacional. En este sentido, cabe recordar que había sido presidente del Departamento Nacional del Trabajo y luego subsecretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Hipólito Yrigoyen, celoso defensor de la neutralidad. El acto de fundación se llevó a cabo con la presencia del embajador de Francia, los agregados militar y naval de ese país en Argentina y los profesores universitarios George Dumas

³³ Al respecto, Gilles Mathieu, "Un enjeu diplomatique: la politique culturelle de la France en Amérique du Sud dans l'entre-deux-guerres", *Cahiers des Amériques Latines* (París, IHEAL), núm. 9 (1990), pp. 131-138.

³⁴ Hebe Pelosi, *Argentinos en Francia, franceses en Argentina: una biografía colectiva*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999.

y Marcel Labbé, figuras centrales en las políticas de vinculación académica entre Francia y América Latina. El proyecto consistía en crear en Buenos Aires un organismo similar a los ya numerosos institutos universitarios franceses existentes en el extranjero.

Para organizar e implementar el intercambio se estableció la formación de un comité integrado por un amplio grupo de académicos argentinos. Personalidades relevantes de la vida universitaria fueron designadas para formar parte de él, incluidos Gregorio Araóz Alfaro y Nicolás Besio Moreno, que integrarían, tiempo después, el organismo directivo de la Institución Cultural Argentino-Germana. También en este Comité se encontraban como miembros permanentes el embajador de Francia en Argentina y el presidente de la Alianza Francesa en el país. La elección de los profesores que participarían en el intercambio se haría finalmente a partir de un acuerdo entre dicho Comité y el Groupement des Universités et Grandes Écoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine. La iniciativa preveía también la creación de un instituto de la Universidad de Buenos Aires en París.³⁵

Es mucho menos, en cambio, lo que se conoce sobre la Institución Cultural Argentino-Germana, fundada en un contexto caracterizado por el boicot internacional a los académicos alemanes, boicot que se prolongó hasta mediados de la década de 1920.³⁶ En su creación participó un grupo muy amplio y heterógeno de académicos, políticos y miembros de la comunidad alemana en Argentina. Entre ellos se encontraban varios ex ministros (algunos caracterizados en el espacio público como germanófilos como Estanislao Zeballos), académicos destacados y conocidos también por sus simpatías hacia Alemania (como el ya mencionado Ernesto Quesada), funcionarios del área cultural y de prensa de la embajada alemana e incluso artistas como Fernando Fader. También participaron los ya mencionados José Arce y Avelino Gutiérrez, que cumplían un papel destacado en las instituciones francesas y españolas antes mencionadas. Pero el papel decisivo lo desempeñó sobre todo un grupo de médicos interesados en fomentar los vínculos científicos entre Alemania y Argentina. De las tres instituciones fue posiblemente

³⁵ *El Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires en 1937*, Buenos Aires, 1938.

³⁶ Sobre esta institución véase nuestro trabajo, “Los orígenes de la Institución Cultural Argentino-Germana: una aproximación al intercambio académico de la Universidad de Buenos Aires en tiempos de la primera posguerra”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* (Hamburgo), núm. 5 (2014), pp. 351-371.

la más débil por las limitaciones de sus apoyos internos y también porque no fue reconocida desde un principio como una institución propia por parte de los funcionarios diplomáticos alemanes ni por los miembros de la colectividad de ese origen en Argentina. También fue la que experimentó mayores debates internos. Uno de ellos, particularmente importante, se suscitó en su comisión directiva ante la posibilidad del viaje de Albert Einstein a Argentina. Un grupo de miembros propuso que la institución le otorgase una distinción y otro, integrado sobre todo por representantes de la comunidad alemana en Buenos Aires vinculado a su vez con actores profesionales y empresarios, rechazó la propuesta objetando entre otras cosas su actitud pacifista y “hostil a Alemania” durante la Gran Guerra y su condición de auténtico alemán, señalando que había optado por la nacionalidad suiza. La defensa de la figura de Einstein fue asumida entonces por el filósofo Alejandro Korn, ex decano de la Facultad de Filosofía y Letras, quien señaló que la institución debía respetar sus objetivos académicos y científicos sin involucrar cuestiones políticas en su seno.³⁷

La Institución Cultural Argentino-Germana estaba presidida por Ricardo Seeber, abogado y profesor en la Facultad de Derecho, quien fue secundado por dos prestigiosos médicos que se habían formado parcialmente en Alemania, el ya mencionado Josué Beruti y Gregorio Araóz Alfaro. Estos últimos cumplieron un papel destacado en las actividades de la institución. Por gestiones realizadas durante el rectorado de Arce también la Institución Cultural Argentino-Germana obtuvo fondos de la Universidad para su funcionamiento —como los obtuvieron también las asociaciones española, francesa e italiana— junto a otros recursos provenientes del Estado alemán y de la colectividad alemana en Buenos Aires. En sus orígenes fue, probablemente, la que procuró mantener el carácter más genuinamente científico y promovió la visita de un grupo importante de eruditos alemanes aunque en menor número que las instituciones mencionadas anteriormente. En síntesis, su funcionamiento fue afectado por el carácter más descentralizado del sistema académico alemán y por la falta de articulación y superposición de funciones entre organismos diplomáticos, universidades e instituciones científicas autónomas. Los problemas financieros y las dificultades para encontrar profesores que llevaran a cabo sus

³⁷ La descripción del debate fue realizada por un funcionario del área cultural y de prensa de la embajada, Albert Haas, “Aufzeichnung. 4. 10.1922.”, en Akten 64677, *Politische Archiv des Auswärtiges Amts (PAAA)*.

exposiciones en español fueron otros aspectos que conspiraron contra su desarrollo.

Reflexiones finales

A principios del siglo xx en Argentina se confrontaron dos formas diferentes de articular el intercambio de profesores universitarios. La modalidad francesa estaba pensada a partir de la estructuración de conferencias generales dirigidas a un público extrauniversitario. Se trataba de un modelo abierto y pensado desde el efecto que tendría en el público. El otro, promovido por académicos vinculados al mundo universitario alemán, era más cerrado y estaba orientado hacia los estudiantes regulares de las facultades y también hacia sus profesores. Desde Argentina, en principio, el intercambio estaba pensado como un mecanismo central para transformar la Universidad de Buenos Aires en una institución menos cerrada profesionalmente y más abierta a la investigación científica. La oposición de los modelos se pensó, en esta etapa, en principio, con base en sus ventajas o desventajas académicas, científicas y didácticas y sin priorizar condicionamientos políticos o nacionales. Un aspecto particularmente importante fue que los académicos argentinos valoraron, sobre todo en la propuesta francesa, que la decisión en torno a quiénes participarían del intercambio quedase en manos de las autoridades de la misma Universidad.

Durante la primera década del siglo, los esfuerzos franceses por avanzar en la propuesta fueron más exitosos que los alemanes debido a causas como la afinidad idiomática o el mayor peso de la colonia francesa en Buenos Aires. Pero lo más decisivo en este caso fue, probablemente, la presencia de instituciones del Estado francés que canalizaron ese intercambio y lo organizaron. En el caso alemán no se advierte una estrategia similar, ya que las gestiones se canalizaron a través de las autoridades universitarias que reflejaron una organización de la gestión académica y política hacia el exterior mucho más descentralizada. Probablemente, el hecho de que los alemanes concibiesen su expansión cultural internacional sobre la base de las ciencias exactas limitaba aún más el alcance público de sus actividades, concentrándolas en el ámbito específicamente universitario.³⁸ Por último, en Argentina

³⁸ Al respecto Lewis Pyenson, “*In partibus infidelium: imperialist rivalries and exact sciences in early twentieth-century Argentina*”, *Quiipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México), núm. 1 (1984), pp. 253-303.

la propuesta francesa fue también estimulada por la celebración de un sentimiento de identidad de raíz esencialmente latina, que se fortaleció en tiempos del Centenario y sobre todo a partir del inicio de la Primera Guerra Mundial.

Si bien la Gran Guerra interrumpió las gestiones francesas y alemanas, en un contexto de reivindicación de lo iberoamericano revitalizó los vínculos académicos con Brasil, Uruguay y, sobre todo, con España, que asumió el lugar que no pudieron ocupar los universitarios de los países contendientes. En los años veinte el intercambio se reconstituyó pero sobre la base del aporte de asociaciones civiles como la Institución Cultural Española y la Institución Cultural Argentino-Germana y de una organización semiautónoma como era el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, donde la presencia estatal y el aporte gubernamental, tanto francés como argentino, eran sin duda mayores que en los otros casos. Fueron estas instituciones las que decidieron las formas, ritmos y protagonistas de los intercambios. En este sentido, el caso más claro es el de la primera de las instituciones mencionadas. Allí un grupo de españoles residentes en Argentina financió las actividades de académicos de universidades de la Península supeditando las decisiones científicas a una organización con sede también en España: la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. A diferencia de lo previsto a principios de siglo, la UBA perdió, en gran medida, la posibilidad de designar a los participantes del intercambio que quedó en manos de una organización cuyo principal objetivo era el fomento de la ciencia española.

La modalidad de intercambio que predominó en los años veinte se asimiló, finalmente, mucho más al modelo francés que al alemán. Más que un intercambio de profesores y estudiantes para cursos regulares universitarios se estructuró sobre la base de una serie de conferencias dirigidas al gran público. Se articuló así con una activa política de extensión y con un movimiento cultural muy dinámico que signó la vida de la ciudad durante aquellos años. Tal vez el factor que definió esta nueva orientación radicaba en el hecho de que el intercambio conformó un capítulo más de la disputa entre alemanes y franceses para ganar para sus respectivas causas a la opinión pública argentina. Al margen de esta disputa, las tres instituciones compartían el mismo público y, como señalamos anteriormente, los fundadores de algunas de ellas participaron en la creación de otras y mantuvieron una relación cordial a lo largo de toda la década de los años veinte.

Por otra parte, cabe destacar que la modalidad del intercambio centrada en las conferencias masivas y dirigidas al gran público se adaptaba también mucho mejor a la naturaleza profesionalista de la Universidad argentina que definía de un modo rígido y con parámetros nacionales los contenidos de la enseñanza y ponía así un límite muy claro a la posibilidad de intercambiar profesores para cursos completos, práctica que se adecuaba mucho más a una Universidad orientada predominantemente a la práctica científica como sucedía en Alemania. Por otro lado, los sucesos de la Reforma Universitaria de 1918 definieron los requisitos para el ingreso a la docencia universitaria e implementaron una carrera académica que reservó celosamente los puestos de profesor para un núcleo delimitado de profesionales que iniciaban su carrera en los escalones más bajos de las jerarquías docentes restringiendo así en términos generales los vínculos externos y el espacio para contratar a profesores extranjeros.

Y por último, permanece la pregunta por el modo en que el intercambio académico durante estos años permitió moderar la naturaleza fuertemente profesionalista de la Universidad y reorientarla en un sentido más científico, como habían previsto sus impulsores en los primeros años del siglo xx. En principio, el efecto en ese sentido parece ser limitado. El profesionalismo constituía una tendencia profundamente arraigada en el sistema universitario argentino por diversas razones. Hay, por supuesto, excepciones: el desarrollo de las ciencias exactas en Argentina no puede ser pensado sin el aporte del matemático español Julio Rey Pastor, quien se radicó finalmente en el país luego de llegar invitado por la Institución Cultural Española; igualmente el desarrollo de la Filología no puede prescindir del análisis de figuras como Américo Castro o Amado Alonso, también españoles. Pero incluso en este caso, la inserción de ambos en los circuitos académicos locales fue lenta y limitada, ya que se llevó a cabo en ámbitos de la Universidad menos vinculados con la formación de profesionales liberales, que constituían un sector minoritario y casi marginal de la institución. En definitiva, el intercambio no revirtió los rasgos centrales del sistema universitario argentino orientado, esencialmente, a la formación de profesionales liberales.

Pablo Buchbinder

RESUMEN

El artículo analiza el intercambio académico en la Universidad de Buenos Aires durante los primeros años del siglo xx. El texto focaliza las disputas entre diferentes grupos relacionados con distintas comunidades nacionales que intentaron monopolizar los vínculos académicos con dicha Universidad. Se analiza también la repercusión de tales disputas sobre la vida cultural de la ciudad de Buenos Aires y sobre las actividades de enseñanza e investigación de la Universidad.

Palabras clave: historia de la Universidad de Buenos Aires, desarrollo de la ciencia, diplomacia-política cultural, profesionalismo.

ABSTRACT

This article aims to analyze the academic exchange at the University of Buenos Aires during the early 20th century. The focus is on the disputes between several groups related to different national communities that attempted to control all of the university's academic links. The paper also explores the impact of such disputes on Buenos Aires' cultural life, and on teaching and researching activities at the university.

Key words: Buenos Aires University history, development of science, diplomacy-cultural policy, professionalism.